

# Una batalla global

**E**mpujada por la pandemia y la guerra, la inflación sigue en alza en el mundo. En Colombia castiga más a los hogares pobres.

Los resultados del índice de precios al consumidor (IPC) de marzo pasado, recientemente publicados por el Dane, ratificaron lo que los analistas del mercado esperaban: la continuación de la disparada de la inflación. La variación anual de los precios llegó al 8,53 por ciento, el nivel más alto desde mediados de 2016.

La fotografía del alto costo de vida prácticamente no varió. La inflación nacional, al igual que en otras partes del mundo, está jalonada por los precios de los alimentos básicos y, en menor grado, por los restaurantes, servicios públicos y la energía. La división de gasto que cubre la comida de los colombianos ha aumentado en los últimos doce meses un 25,37 por ciento.

Lo más grave es que la naturaleza de las presiones inflacionarias golpea con más severidad a los hogares más desfavorecidos, que destinan la mayor parte de sus gastos a los alimentos y productos básicos. De hecho, la inflación de los hogares pobres y vulnerables ya superó los dos dígitos, 10,35 y 10,46 por ciento, borrando en la práctica el aumento del 10 por ciento del salario mínimo.

Poco consuelo genera que el fenómeno inflacionario sea de carácter global. Desde Estados Unidos hasta las economías europeas y por toda la región, la reactivación de la demanda, las restricciones de la oferta, la interrupción de las cadenas de suministro y el alza en los costos de las materias primas han venido encareciendo los precios a los consumidores y a los productores en todo el mundo.

A lo anterior se suman los efectos de la guerra rusa en Ucrania. Mientras Moscú es una potencia global en *commodities* y energía, Kiev es un productor importante de trigo, cereales y fertilizantes. El conflicto bélico ha disparado los precios in-

ternacionales, tanto del petróleo y el gas como de insumos agropecuarios. Por esas razones no se vislumbra en el corto plazo una reducción en los costos para la producción de alimentos.

Así como la disparada de los precios es global, la caja de herramientas a disposición de los gobiernos y las bancas centrales es similar en varias latitudes. El Banco de la República elevó recientemente las tasas de interés a 5 por ciento, en un esfuerzo para controlar la inflación. El reto del Emisor es encontrar el delicado equilibrio para

no subir tanto que el ritmo de recuperación del crecimiento económico termine ahogado. En todo caso, es una estrategia que preocupa a empresarios y gremios, como el de los agricultores, los cuales han alertado sobre el alto riesgo de que estas tasas afecten la producción y la generación de empleo.

Desde el Gobierno, el paquete de medidas se ha concentrado en suavizar los costos de producción agropecuaria vía rebaja de aranceles, ayuda a productores y aumento de la cobertura del programa Ingreso Solidario. Estas decisiones, algunas de impacto limitado y otras dependientes de los ciclos de cultivos, comenzarán a mostrar sus efectos hasta dentro de unos meses.

Otra consecuencia directa del deterioro del costo de vida es de naturaleza política. Tras la debacle de la crisis de la pandemia, la alta inflación impide que millones de hogares colombianos experimenten los beneficios de la reactivación. En España, Egipto y Perú, por mencionar unos pocos casos, los ciudadanos están protestando por los altos precios.

La batalla por la inflación continúa en medio de estas acciones gubernamentales, que necesitan de mucho más tiempo y paciencia para que comiencen a mitigar la situación actual.



Las medidas gubernamentales necesitan de mucho más tiempo y paciencia para que comiencen a mitigar la situación actual.